

EL ESPECTADOR

MAGAZIN

DOMINICAL

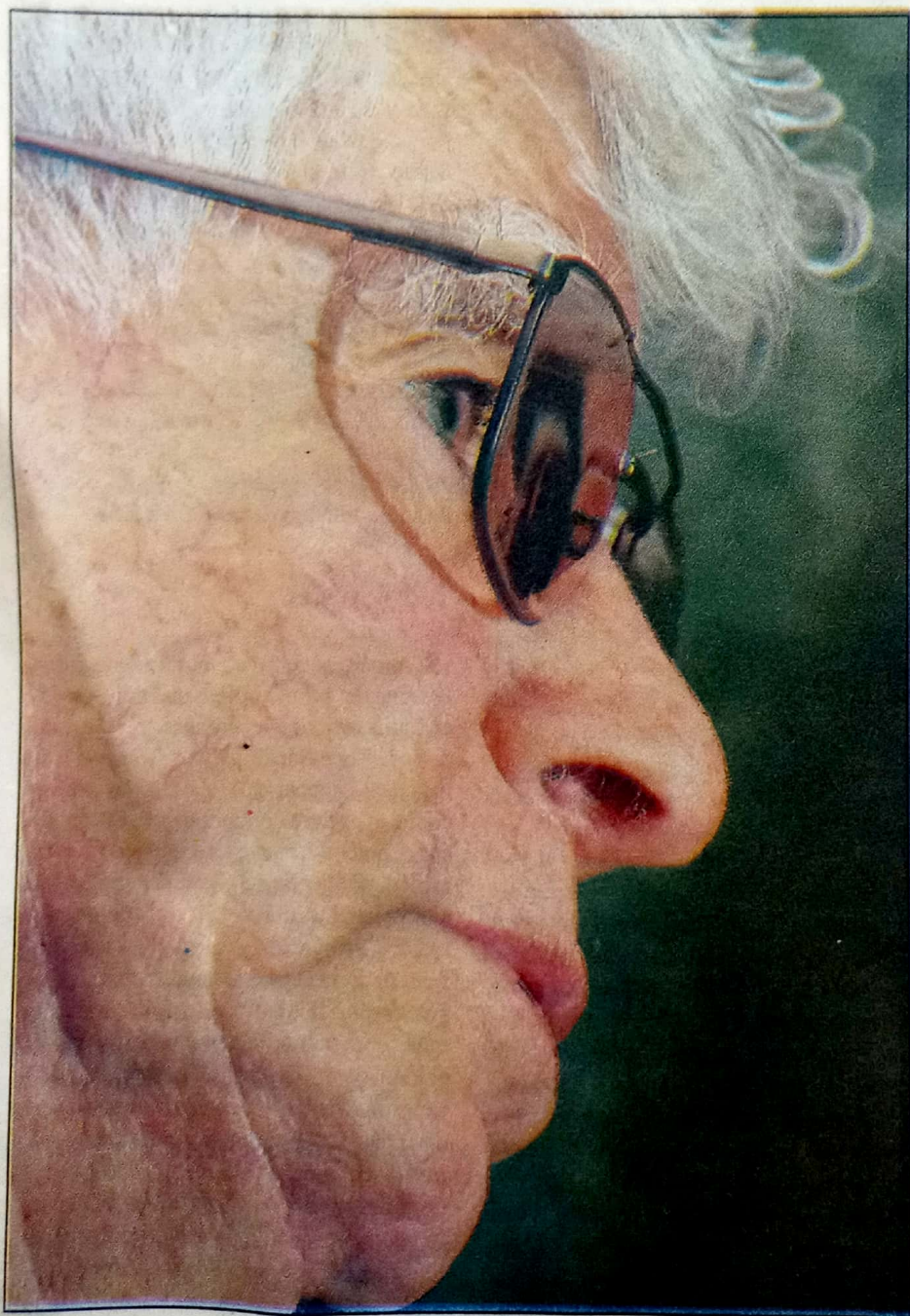
Nº 826 - 14 DE MARZO DE 1999

Leopoldo Zea,
filósofo
itinerante

Poesía

LEOPOLDO ZEA

Si esto no es filosofía, lo siento



Leopoldo Zea.

FOTO ELIZABETH JIMÉNEZ-EL ESPECTADOR.

Boceto para el perfil de un pensador mexicano que desde muy niño ha sido testigo de la historia de América y cuyo pensamiento aborda preocupaciones políticas, históricas y filosóficas. Estuvo en Colombia, recibió múltiples homenajes y un doctorado honoris causa de la Universidad Central. Sobrevivió a todo esto y recorrió en esta entrevista sus ideas con el *M.D.*

ALEJANDRO TORRES

En los tiempos de Micaela de Aguilar, su abuela, daba la impresión de que nada había sido dicho. Se vivía el estruendo de la Revolución mexicana y, caminando por las calles de Plateros, de la mano de Micaela, Lepoldo Zea se encontró entonces con una imagen que hoy, a sus 87 años, hace parte de un extenso sumario de recuerdos que se mantienen en constante diálogo. En un escaparate reposaban las ropas ensangrentadas de Emiliano Zapata mientras un aviso anunciaba una sentencia temeraria: "así termina un bandolero". Zapatistas y carrancistas se disputaban un cambio histórico para México; el continente, casi extraño a la modernidad, apenas se daba cuenta del comienzo del siglo y frente a los ojos de Zea aparecían los rastros que un par de décadas después seguiría para responder una pregunta que lo ha signado toda su vida. ¿Qué es eso que llaman América Latina?

Terminaban los tiempos de su abuela y empezaban los del propio Zea. Entre unos y otros estaban los fusilamientos y tiroteos cotidianos, los casquillos que recogía para jugar a los soldados y las historias que contaba Micaela de Aguilar sobre fantasmas y brujas pero también sobre luchas entre liberales y conservadores que ella espiaba entre ventanas, imágenes de Benito Juárez y del abuelo, Anastasio Aguilar, que luchaba en las filas de Porfirio Díaz, de su encierro en el Castillo de Chapultepec a la espera de noticias de las guerras. Casi todo, al parecer, estaba por decirse y así lo entendería él unos años más tarde, dando comienzo a una obra que ha transitado por todos los cambios de este siglo.

Zea es un americanista consumado. Desde los años cuarenta ha intentando darle un lugar a lo que para algunos pensadores es casi un disparate y para otros un terreno poco fértil, la filosofía latinoamericana. Él, sin embargo, impulsó un debate que en los años cincuenta y sesenta tomó dimensiones continentales y senderos extremos que hablaban de América como un sub-mundo de la cultura europea, o de América como algo ajeno a Occidente, como un lugar que debería buscar ideas autóctonas y autónomas. Zea rechazó siempre las dos posiciones pero no dejó nunca de meterse por los callejones que se abrían por todos

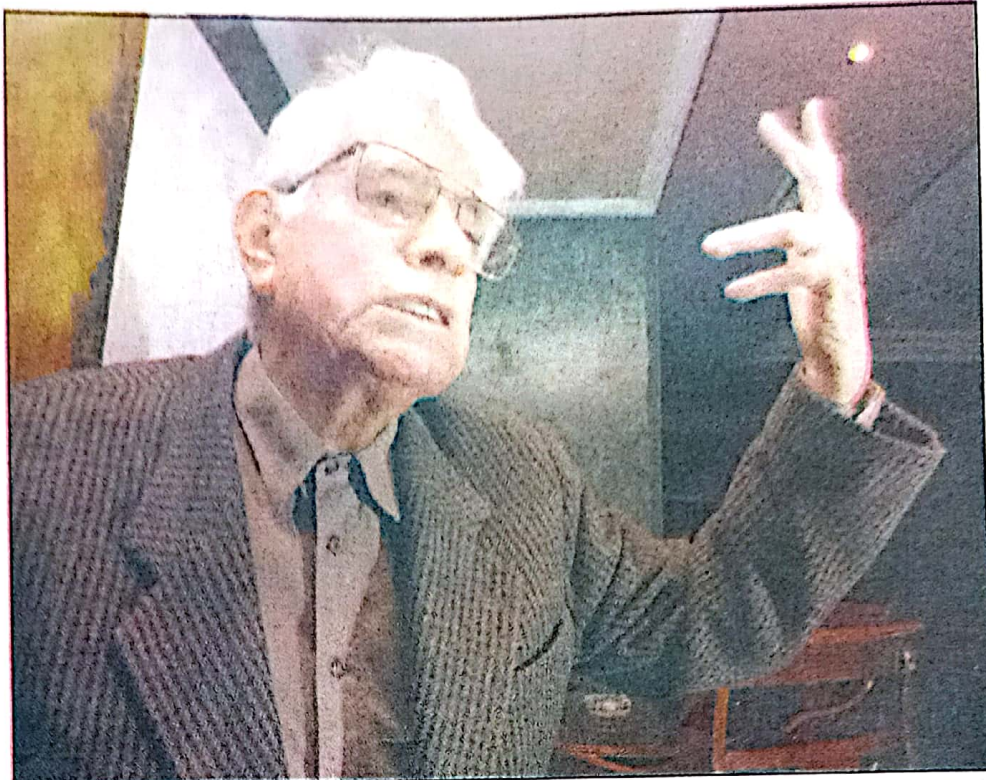


FOTO ELIZABETH JIMÉNEZ-EL ESPECTADOR.

lados cada vez que se preguntaba, de nuevo, si era posible la existencia de una filosofía latinoamericana.

Ahora el país de la revolución que conoció de niño y el continente distante que recorrió para conocer su pensamiento, han cambiado. Está convencido de que tanto él como sus colegas han abierto una brecha, un sendero. Aún más: considera que la crisis de las ideas europeas, del esquema centro-periferia y de los discursos de poder, ha dejado un espacio abierto para que los latinoamericanos conformen una visión del mundo.

-Europa tiene, actualmente, un problema de identidad que parecía sólo nuestro: permanentemente se hacen reuniones en Alemania, Francia o Italia alrededor de qué significa ser europeo. La integración que persigue la Comunidad Económica es un viejo conocido para nosotros, se pretende abordar no al hombre como tal sino al hombre entre hombres en un intento por defenderse de ese poder tan extraordinario que representan los Estados Unidos después de la guerra fría. Cuando Europa se plantea problemas de identidad, como lo hicimos en América hace cien años, es porque ya no tiene la seguridad de ser la cultura por excelencia. Existe allí un gran problema racial que se

refleja en Bosnia, en la subdivisión de los Balcanes o en la permanencia de los grupos salchicha, comunidades encerradas en sí mismas.

Momento de zarpar

Lepoldo Zea nació en Ciudad de México el 30 de junio de 1912, estudió con los hermanos de La Salle gracias a una beca que consiguió su abuela y terminó su formación básica en los años veinte, en la época en que José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y José Ortega y Gasset publicaban obras que serían claves para su pensamiento y para las ideas iberoamericanas.

En la década del treinta Zea tomó una decisión difícil que habría de marcar el quiebre definitivo en su vida. Trabajaba, de noche, como mensajero en Correos y Telégrafos, estudiaba Filosofía y letras por la tarde buscando lo que le gustaba y, pensando en sobrevivir, se había matriculado en Derecho por las mañanas hasta que conoció a José Gaos, uno de sus maestros. Luego de escribir dos ensayos, Gaos le propuso una beca y unos ingresos de \$150 pesos mensuales si dejaba el derecho, su cargo de mensajero (ganaba \$125) y se dedicaba sólo a la filosofía. "Se va a morir



FOTO ELIZABETH JIMÉNEZ-EL ESPECTADOR.

de hambre", le dijeron, pero él tomó la opción e ingresó a la Casa de España en México. Allí encontró a los españoles exiliados de la Guerra civil. Inclusive estuvo a punto de embarcarse para luchar en España pero no fue aceptado; el barco en el que habría de viajar terminó su aventura capturado por la marina de Franco. Zea se había salvado del reclutamiento y se había enrolado en las filas del pensamiento.

"Hasta ahora no me he muerto de hambre", asegura sonriente.

En 1942 recibió el título de filosofía en la

Unam, publicó sus primeras obras -un estudio sobre el positivismo en México y otro *En torno a la filosofía americana*- y, casi como un reto a la Universidad de Harvard -se había publicado en Estados Unidos una investigación sobre el pensamiento latinoamericano- emprendió su primer viaje por América Latina para realizar una aproximación a los pensadores y a la realidad social y política de cada país. Conoció filósofos como el argentino Francisco Romero, observó el fragor del peronismo e inició uno de los puntales de su

teoría sobre América: la confrontación de las ideas euronorteamericanas. Creía, en esos años, luego de recibir una invitación de Harvard, que los Estados Unidos se sintetizaban en tres palabras: "metros cuadrados y dólares".

-El fin de la guerra fría exigió un cambio para los Estados Unidos. Pensaron que serían los dueños del mundo, tenían armas, pero sin la Unión Soviética su papel protagónico se perdió. Bush inventó la guerra del golfo, hizo trizas al ejército iraquí, enterró a ese país en el desierto, pero al mismo tiempo se enfrentó con la economía de mercado. Europa -con su intento de crear una autarquía- y Asia lo desplazaron y él perdió las elecciones porque se quedó fuera de un sistema que necesita compradores. Clinton, desde su primer discurso de campaña, incorporó al sueño americano a todos los americanos, retomó la diversidad de razas y culturas, vinculó consumidores y unos años después, a pesar de los problemas, anunció que podía discutir abiertamente la economía de mercado porque participaba en ella. Pidió apoyo para México en 1994 y quiere la paz para los kosovares, pero no porque piense en el bien de estos pobres sino porque busca una determinada prosperidad. El sistema genera resistencias y se enfrenta a una crisis, pero la salida está en las minorías -que ya no son minorías- y en el problema que implica la generación de empleo.

Un mural de ideas

Zea camufla sus casi nueve décadas de vida con una apariencia de esas que se pierden fácilmente en la multitud y con un rostro afable, sereno, fresco. Su andar trabajoso lo delata pero en la conversación es explosivo, da la impresión de que está listo a controvertir cualquier crítica a su obra antes de que la pregunta surja de su interlocutor. Está acostumbrado a cuestionar y responder en los más diversos escenarios desde que, en los años cincuenta, empezaron a conocerse sus ensayos.

De un vistazo, su pensamiento se puede resumir en la necesidad de comprender al continente como parte de la cultura occidental pero no como una utopía fracasada de Europa. Lo importante, según lo ha

sostenido en la segunda mitad de este siglo, no es concebir lo americano como meta sino como medio para captar al ser humano a través de una filosofía que parta de lo real, de la problemática cotidiana y no de la abstracción, para buscar soluciones a conflictos que van de lo histórico a lo social. Se trata no de una filosofía iberoamericana, particular, sino de una reflexión antropológica e histórica, pero también contemporánea, sin nostalgias por el pasado, que pueda entenderse en un contexto de globalización.

Una de sus primeras fuentes de trabajo fue la pintura muralista de Rivera, Orozco y Siqueiros, donde encontró un discurso que al mismo tiempo era mexicano pero salía de sus fronteras. En sus trabajos se anticipó al debate de la postmodernidad contemplando la deconstrucción y la fragmentación, tomando como credo la idea de que la experiencia del hombre no podía quedar plasmada de un plumazo por un paradigma de lo humano, fuera europeo o de cualquier otro lugar.

Hoy recuerda con precisión que, hace un par de años, cuando viajó a recibir un doctorado en Atenas, le decían que se lo entregaban por pensar el mundo que le correspondía sin preocuparse de si lo suyo era o no filosofía. "Si no lo es, lo siento", asegura, y suelta una frase que aspira a definir un cambio en la mentalidad tradicional de Occidente: "Ya no miramos quién es hombre y quién no".

-El hecho de que no podamos resolver nuestros problemas no quiere decir que no tengamos una filosofía. La estamos organizando, planteamos el problema de la semejanza y la diferencia: somos iguales sólo porque somos distintos. Mi manera de ser no me la creo yo, me la creo en la sociedad en la que vivo y por eso puedo tener ideas en un contexto internacional. Europa está tratando de entender esto porque necesita acuerdos comunes en materia económica, pero hay demasiadas diferencias entre los mercados de países como Alemania, Francia o Italia. Entiendo el mundo como un escenario de participación y no sólo de aperturas o beneficios. El problema, en el caso de América Latina, es que se debate entre lo que quiere y lo que puede. Sí, a Europa le interesa su mercado como parte de la economía mundial y los Estados Unidos se benefician de

esta zona de comercio, pero el inconveniente está en el choque entre economías más fuertes comparadas con otras. México es un problema para el cono sur mientras Europa -no sé con qué autoridad moral- condiciona muchas de sus decisiones a temas como los derechos humanos. No se trata de competir, según el sistema darwinista de que el mejor va a triunfar, sino de ajustar: si alguien se debilita, lo apoyo.

Brújula inquietante

Para Zea, cuyo pensamiento parece ir y venir de un extremo a otro tomando distancia, recuperando algo de aquí y de allá, sugiriendo una conciliación entre pasado

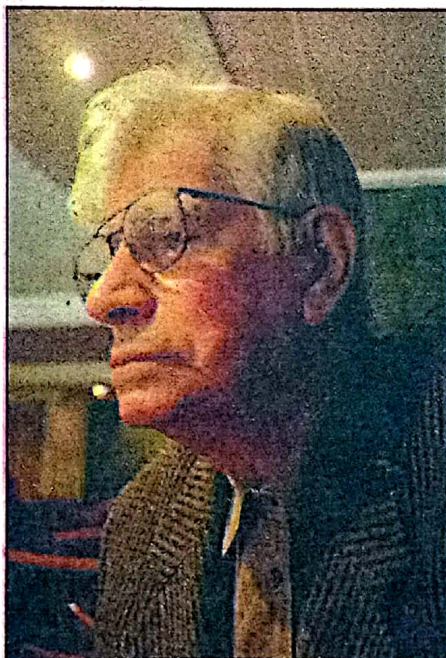


FOTO ELIZABETH JIMÉNEZ-EL ESPECTADOR.

y presente, una negociación de futuro, una alianza entre economía y cultura, el hombre es la medida de todas las cosas en la sociedad contemporánea. "Dios se entiende a partir de él. No puedo evadir mi humanidad y no puedo ser el instrumento de otro, así como la humanidad tampoco puede serlo. Es precisamente este no reconocimiento el que se pone de manifiesto en los conflictos regionales: o me das la libertad absoluta o te hundo".

Desde su punto de vista muchos de los enfrentamientos locales que focalizan la atención del mundo no plantean discusiones fundamentales sino argumentos de presión. Menciona los territorios de la

antigua Yugoslavia, "hecha trizas"; acude al movimiento zapatista para juzgarlo como un "instrumento manipulador". Se trata, según él, "de incorporar al hombre en su diversidad, no de ponerlo aparte. Ahora el capitalismo también encuentra sus crisis. Es necesario asumir al ser humano. En una discusión entre Fukuyama y un líder de Singapur, Fukuyama decía: -Tenemos que reconocer que los asiáticos nos han aventajado, pero nunca nos van a aventajar en nuestra moral, nunca haremos trabajar a un hombre 24 horas al día. Y el hombre de Singapur responde: -Trabajamos 24 horas al día para ustedes, ¿eso le parece moral?".

Recuerda, entonces, cómo una abstracción -la bolsa- puede hacer caer todo un mercado y pone como ejemplo la proyección al infinito que, con base en trabajo y consumo, realizaron los asiáticos como fórmula del éxito. "Sin embargo, en la bolsa, se engolosinan y caen".

Los tiempos de Zea han cambiado tanto que resultan irreconocibles. Del México con diez millones de habitantes, casquillos revolucionarios tirados en el suelo y las ansiedades de su abuela en el Castillo de Chapultepec, de la América Latina dispersa en el tiempo, queda muy poco en estos días de facilitadores de cultura como la internet.

-Las formas de vida son las que corresponden al mundo. En Nueva Guinea vi cómo los indígenas que antes bailaban con plumas, hoy andan con jean. Sin embargo, bailan cuando hay que hacerlo y luego usan el traje que necesiten. Se trata de asumir el pasado y actuar con él, no tengo por qué entregar mi identidad. Una vez fui a ver a un joven norteamericano que hacía un trabajo sobre mi obra en la Universidad de Columbia durante la guerra fría y él cuestionó mi crítica a los Estados Unidos. -Usted usa un automóvil norteamericano, me dijo. -Sí, pero yo llevo el carro, el carro no me lleva a mí. Los japoneses no inventaron la técnica, la pusieron a su servicio, la mejoraron y la abarataron. No creo en las respuestas absolutas. El racionalismo es sólo un instrumento de la universalidad, pero si no se cree en la razón, no hay manera de entendernos. El hombre necesita hoy de una racionalidad vital para no quedarse solo.

Magazin